

Por un Concepto Integral de la Filosofía de la Historia

Por JUAN BOTERO RESTREPO

El Materialismo Histórico

El concepto integral de la verdad histórica supone de antemano la falsedad radical del Materialismo aplicado a la Historia, según el cual el factor materia y principalmente el factor economía son los únicos que regulan la proyección histórica del mundo, como si la metafísica no interviniera de manera directa en los acontecimientos humanos, ni la moral estuviera presidiendo muchas de las actividades y fluctuaciones de la vida humana.

Proclamar el factor economía como el único regulador de una ciencia nobilísima como es la Historia, equivale a desnaturalizarla y desfigurarla, dejando de presentarla en su forma integral, para ostentar solamente una de sus facetas, ocultando una de ellas y precisamente la principal para alimentar la concupiscencia de un puñado de espíritus de revolución que todo lo conciben en su aspecto económico, descartando las responsabilidades morales de la vida, y haciendo que el elemento monetario venga a presidir la vida social con todas sus dependencias, las formas de gobierno con sus eventualidades, el hecho religioso de los pueblos, la vida interna de las conciencias, la razón de ser de las profesiones liberales, y el interés pecuniario en todos los órdenes de la vida, como si nada pudiera concebirse desinteresado y orientado al bien común y como si la cultura no pudiera apeteerse en sí misma, tal cual es, despojándola de los aspectos materiales que suelen interesar al hombre que por ser parcialmente

material, suele inclinarse a las exigencias del apetito para apetecer lo sensiblemente bueno.

Mas si se estudia la Historia a la luz de los sanos principios de la Filosofía más legítima, se concluye con fidelidad, que lejos de ser los hechos materiales los únicos constitutivos de la ciencia histórica y los únicos orientadores de la humanidad, han sido las grandes corrientes teológicas y espirituales las que han dado fisonomía concreta y vida definida a la Historia en sus diversas etapas de la vida humana, cosa que aparece más clara todavía si se tiene en cuenta por ejemplo que de acuerdo con interesantes documentos históricos se ha comprobado el carácter espiritualista de las expediciones españolas que hicieron y lograron la Conquista de América.

Historia y Relativismo Histórico

Constituye la Historia un valor absoluto y es ella una ciencia concreta y definida, dentro del ámbito de su dominio y del terreno de su acción. No cabe pues lugar ninguno a presentarla como ciencia relativa, como ser mudable y contingente, sujeta a las alteraciones, y mutaciones posteriores, como han querido hacerlo los sistemas críticos y antinómicos que llevan por rótulo el de relativistas históricos.

No es posible que la historia deba estar expuesta a la contingencia cambista de mutables acontecimientos: la Historia está caracterizada por la verdad de sus afirmaciones, de otra suerte no sería Historia, y la verdad en ningún caso puede ser mutable ni relativa, porque por esencia, por naturaleza y por constitución es absoluta, íntegra, inmutable y firme.

Están errados profundamente por lo tanto quienes en el terreno de la lógica mayor han querido prestar remedio adecuado al Problema Crítico, o darle solución cierta a la intrincada cuestión del conocimiento, prescindiendo de un sabio dogmatismo, moderado, para acudir a la Historia y proclamar el Relativismo como sistema central, base fundamental y doctrina indispensable para la solución de las agudas cuestiones que la Filosofía ha ido presentando a la consideración humana desde los tiempos medievales para acá, problemas que retienen su valor actual, que hoy como ayer son actuales eminentemente y de cuya solución depende la orientación completa de toda una ideología filosófica en todas las partes de esta ciencia, desde la Dialéctica teórica hasta la Etica práctica; desde la Cosmología inanimada hasta la Psicología viviente, y desde la Metafísica del Ser hasta la Ciencia filosófica de Dios, llamada generalmente Teología Natural o más bien Teodicea.

El Relativismo Histórico es piedra fundamental del Positivismo filosófico y es cantera del materialismo absurdo, así como también del Excepticismo Cartesiano. De aquí el empeño en combatirlo, por parte de quienes estamos animados por sentimientos filosóficos

de tinte espiritualista, y por quienes nos matriculamos desde hace muchos años en el Colegio filosófico del Monje Dominicano.

La Teología Católica ha formulado un interrogante a la Historia y al pasado para averiguar por ejemplo cuál fué la estructura matrimonial de las tribus primitivas, y la Historia ha contestado puntualmente a esta llamada y a esta pregunta, para aseverar con la verdad que le es propia y decir con la sinceridad que le es fundamental, que la monogamia se ha impuesto generalmente en la conciencia de los pueblos desde hace muchos siglos, que la estabilidad de la unión conyugal ha sido proclamada generalmente y que los vicios opuestos a estos dos postulados de la ética han sido tenidos por pecaminosos y por malos, por más que se hubieran registrado en algunos pueblos.

Ha formado semejante inquisitoria la sana Filosofía a la ciencia de los hechos del pasado, con el fin de esclarecer cuestiones debatidas y problemas vitales que le corresponden y conciernen, y ella, la Historia, ha respondido con documentos tan trascendentes como el Código de Hamurapi, y como el Pastor de Hermas, del segundo siglo. Y de esta manera, cuando la ciencia de Dios y la profunda de la vida han tendido su mano a la sabiduría del pasado, para darse con ella el apretón de manos y así seguir adelante en el camino de la cultura, la Historia ha respondido con gallardo gesto, y con sus datos ha venido a confirmar las tesis que tantas veces han sido tachadas de pasadas, de medioevalistas, de rastros de culturas atrasadas y de postulados monacales que en nada vienen al caso en los tiempos de la luz y que acaban con toda civilización.

El Historicismo Filosófico

El paciente investigador que examina los diversos sistemas enunciados por la Filosofía del Derecho y que tiende a explicar la naturaleza, el origen, el fundamento y la base de todo derecho y en primer lugar del natural, se encontrará seguramente al comenzar su labor, enfrentado al sistema historicista Savigniano, derivación del Positivismo filosófico, rama del materialismo jurídico y negación rotunda y franca del espiritualismo histórico y jurídico.

Para Savigny y el Historicismo Jurídico, es la Historia la única fuente y la base de todo derecho: se prescinde en este caso de la naturaleza, se hace caso omiso de la ley primaria y se enaltece la Historia exaltándola desmesuradamente, atribuyéndole un papel que en ningún caso le compete, y extendiendo sus dominios a unos campos que por disposición de la naturaleza son ajenos a sus influencias.

Nunca tendremos palabras suficientes para enaltecer y ponderar la grandeza de la historia cuando se le concibe y estudia a la luz de los grandes principios espirituales de que consta, pero querer llevarla forzosamente al fuero de otras ciencias y pretender que invada un campo que no le pertenece, equivale a desnaturalizarla de un todo, a cambiarle sus supremas formas y a darle unas nuevas orienta-

ciones, que la cambiarán fundamentalmente hasta quitarle el rótulo de "Ciencia imparcial del presente y del pasado".

Ciertamente que la Historia se ha encargado de consagrar en sus anales y por cierto con justicia la descripción de los acontecimientos pasados ocurridos en la humanidad; es cierto además que la Historia tiene un derecho a consagrar en sus folios la relación exacta de los hechos sin desfigurarlos ni parcializarlos, pero hay gran diferencia entre esto y la aseveración desnuda de que sea la Historia la fuente misma del Derecho, la única fuente y la raíz exclusiva, como si no hubiera más derecho que el creado por la Historia, ni se pudiera pedir en justicia más de lo que la misma Historia ha reconocido y consagrado en las diversas etapas de la humanidad.

En una palabra los hechos jurídicos han quedado consagrados en la Historia, pero no ha sido ella la exclusiva engendradora del derecho.

El Carácter de Ciencia en la Historia

El concepto lógico de ciencia implica necesariamente la existencia de un conjunto de conclusiones ciertas derivadas de principios ciertos, requisito este sin el cual puede concebirse la hipótesis científica o la mera opinión fundamentada en una mayor o menor probabilidad del asunto, sin que exista la excepción de temor de errar de que hablan los autores al tratar de la certeza filosófica.

En este sentido yo afirmo ahora la supereminencia del carácter de ciencia rigurosa en la Historia, maestra de los siglos, señora suprema de las edades, ideal soberano de los sabios y conductor inigualable de la humanidad en su carrera de indecisiones y de contingencias, a través de los siglos.

Es ciencia la Historia y ciencia supereminente en el cuadro de las ciencias; yo la catalogaría en tercer término después de la Suprema Teología, que encierra el conocimiento de lo divino y domina el cuadro general de las ciencias, por la excelencia suprema de su objeto formal y material y de la Filosofía que hace el estudio completo de las cosas por sus causas más altas y elevadas, descendiendo a lo más íntimo de la naturaleza del ser; a lo más profundo del alma humana; a las hondonadas de la esencia de los cuerpos y a las cumbres divinales del concepto de Dios, estudiado en sus efectos de manera indirecta y analógica, en sentir de los filósofos; y creo que en tercer término el hombre sabio debe realizar la exaltación suprema de una ciencia, que por llevar como coraza la experiencia de los siglos y la ciencia de los años; por tener como línea de conducta el obrar de las generaciones y el actuar de muchos pueblos, y por haber realizado una larga trayectoria magistral a lo largo de las etapas de la humanidad, bien merece que se le llame ciencia superhumana, que se le exolen los incensos más sabrosos, que se le exalte con toda plenitud y se le consagre el lugar que por derecho propio de conquista está llamada a o-

cupar en los cuadros descriptivos de la ciencia y de la cultura humana.

Suele exaltarse la excelencia de la Filosofía con la consideración simple de que ella es esclava de la ciencia teológica, esclavitud que dignifica a la primera de estas ciencias y le consagra el título de Reina, y de igual modo, pudiéramos razonar en relación con la Historia, a través de sus relaciones con las ciencias mayores, porque si vamos a estudiar los llamados lugares teológicos, tendremos que admitir de manera necesaria el influjo de la Historia en la formación de la cultura teológica y en su desarrollo.

En realidad, no cabe dudar que en la argumentación son de peso invaluable los argumentos llamados de hecho, contra los cuales es común decir que no vale otro argumento directo que pueda desvirtuarlos, y precisamente estos hechos son los que presenta la Historia como valioso aporte en la investigación e inquisición de la verdad.

En el campo de combate del espíritu surge generalmente como primer adversario el positivismo en los órdenes diversos de la ciencia con una suprema exigencia de hechos y cuando la Teología se presenta a defenderse en este agudo combate, salta la Historia con sus páginas abiertas, para ofrendarle muchedumbre de argumentos de peso y de valor, de certeza y de seguridad, que echan por tierra la falacia positivista con sus osadas tesis y proclama ante la ciencia moderna la verdad del espiritualismo y por ende la seguridad de la Teología Católica.

Es así como acude la Filosofía Cristiana a la investigación de las culturas pasadas y es así como a su turno responde la Historia con hechos concretos ya comprobados, respaldados por la experiencia de civilizaciones milenarias y sostenidos por culturas etnológicas tan conocidas como la Nigrita y la Druida, y otras muchas que se me escapan por el momento, pero que no por eso dejan de ser menos apodícticas ni menos interesantes.

El Concepto de la Verdad Histórica

Al hacer el análisis de la verdad y fidelidad de la ciencia histórica, yo consideraría en ella las nociones de genuinidad, de autenticidad, de certeza, de error y de mentira porque me parecen fundamentales y porque de su apreciación justa y sincera depende la integridad de quien narra los hechos, cuya autoridad está puesta en el tapete de la discusión.

Hablo de la autenticidad histórica, distinguiéndola de la genuinidad de los hechos, porque el concepto técnico de la autenticidad implica —en sentir de los autores— la conformidad de la descripción con la realidad de los hechos, que hace que lo escrito sea sencillamente verdadero, en atención a la autoridad de la persona que escribe o que relata, a su capacidad moral de informar imparcialmente, a su criterio recto en la apreciación de los factores, a la ausencia de preven-

ción en su espíritu y a la candidez e ingenuidad en sus conceptos, por oposición a la genuinidad, que supone en el documento la integridad en la descripción primitiva, sin mutilaciones ni acortamientos; la fidelidad en la transcripción y en la versión, a través de las diversas lenguas; la correspondencia con el hombre y cualidades del autor a quien se atribuye; y la coincidencia con los hechos, costumbres y nociones del tiempo y del ambiente en que parece haber sido entregado el papel para ser pasado al criterio y juicio de la posteridad.

La idea filosófica de certeza lleva envuelta la ausencia de duda en lo que se afirma o atestigua, y excluye la mera posibilidad de la opinión, a fin de poder deducir consecuencias ciertas, que pasando del terreno hipotético sean bases firmes para construcciones científicas e inderrumbables.

Finalmente, al considerar la verdad de la Historia analizamos por separado el error y la mentira, porque suponemos que aquel no encierra la malicia formal, ni la malicia ni la intención dolosa de quien está errado, muchas veces de buena fe, en virtud de la fragilidad universal del hombre.

La Catolicidad de la Historia

El concepto científico de catolicidad encierra en sí mismo la idea de universalidad, y por eso cuando afirmamos que la Iglesia verdadera es católica por acoger bajo sus alas a los pueblos enteros de la tierra, sin distinciones occidentales de razas o individuos, de estados o condiciones, de sexos o de edades, con igual fundamento podríamos sustentar la tesis de lo que podríamos llamar la catolicidad de la Historia o sea la universalidad que le es propia en la apreciación de los hechos, de las actuaciones, de los sucesos públicos y privados, de sus normas investigativas y de sus conclusiones, elevándose soberanamente sobre muchas contingencias, sin mostrarse parcial en sus apreciaciones, ni inclinarse humanamente al analizar los hechos con un sentido parcial o partidista, apasionado o individual, personalista o regional, descuidando la mirada general del conjunto, y el aspecto panorámico de los hechos, huyendo del campo de la realidad para refugiarse en las toldas de lo meramente ideal; prescindiendo del criterio de lo que debe ser para aseverar lo que tiene que ser o quiere que sea por conveniencias particulares de ambición o egoísmo, de preferencia irracional o prebendaciones gratuitas, desnaturalizando la Historia hasta despojarla de su carácter de auténtica; desfigurando los hechos para mermar autoridad probativa; haciendo de una ciencia verdadera un conocimiento apócrifo y poniendo las bases erróneas para una construcción irreal y engañosa, que desdeña de su autor y en su trama implica la sospecha criminal.

Historia de la Filosofía y Filosofía de la Historia

Existen a mi modo de pensar analogías innegables y semblanzas bien rotundas entre la ciencia del ser y la individuación y la de

los hechos humanos a través de sus causas, lugares y oportunidades, máxime al considerar que la Historia en sí misma no es la fría narración de una serie de acontecimientos más o menos dispersos y desvincuados, sino la ordenación concatenada de un conjunto de hechos, estudiados a través de sus factores influíbles, considerando los unos en relación con los otros en virtud de la ley metafísica de la causa y del efecto, y deduciendo hechos materiales de principios morales, para sacar en claro la suprema responsabilidad de guerras y catástrofes, de victorias y campañas, de legislaturas y dinastías, de parlamentarismos y monarquías.

La Historia siempre ha tenido una misión de narrar con la intangible fidelidad de sus principios la evolución de la Filosofía a través de las edades, arrancando de la era precristiana de Hamurabi, Confucio, Laotze y Gautama para llegarse hasta Jaime Maritain, hasta Tristan de Athayde y Gilberto Chesterton, hasta Max Scheller y García Morente, hasta Belloc y Paúl Bourget, hasta Bloy y hasta Psichari, y como lógica conclusión de esta larga trayectoria, ha alcanzado a presentar en el mundo de la cultura una nueva ciencia en el sentido estricto, que por analizar en el sentido histórico la Filosofía Oriental y la de Grecia, la romana y la medioeval, la renacentista, la moderna y la contemporánea, bien puede ser llamada Historia de la Filosofía en el sentido especificativo del vocablo.

Igualmente afirmamos sin vacilaciones que existe una filosofía de la Historia; un sistema de análisis y de investigación, un estudio comparativo y deductivo, que lejos de contentarse con la fase descriptiva meramente de los hechos, hace la disección de ellos para obtener las leyes seguras de su influencia en posteriores actos, atendiendo más que a la prioridad cronológica de los años a la lógica de la causa y del efecto, y a esta estructura científica quiero yo llamar con todo fundamento y razón la Filosofía de la Ciencia Histórica.

(Especial para "Universidad Pontificia Bolivariana")

